

## CIENCIAS Y ARTES.



Conchas y vegetacion en el fondo del mar.

## UNA ESCURSION AL FONDO DEL MAR.

Las inexploradas profundidades del mar han escitado siempre la imaginacion de los hombres, y las investigaciones de la ciencia, porque nada es mas seductor que lo ignorado presentado. Se ha reconocido hace mucho tiempo

SEGUNDA SERIE. — 1855.

que no son frias y sombrías soledades de movibles arenas, sepulcros siempre abiertos para tragar eternamente los restos de los náufragos, y donde la muerte reina como soberana. La naturaleza, por todas partes tan fecunda, que esparce el movimiento y la vida hasta en las tierras australes, no ha abandonado los valles submarinos á las tinieblas y al silencio; hasta la luz penetra allí, plantas magníficas guarnecen sus contornos, y animales de todas especies viajan á

AÑO XIII. 22



grandes profundidades. Allí se encuentra un mundo entero de creaciones fantásticas, recordando por su forma esos primeros habitantes del globo de que se encuentran hoy los restos hasta en la cúspide de las montañas. Diríase que la mar, menos sometida á la influencia del hombre, conserva aun alguna cosa del mundo primitivo. La mar cuenta á la vez seres cuya grandeza nos asusta, y otros cuya pequeñez escapa á nuestra vista: la ballena y el narval, los pólipos y los cíclicos.... Pero ¡ay! imposible nos es penetrar en su seno. Sea en elevación, sea en profundidad, no es dado al hombre alejarse de la superficie del globo.

Aunque las mas altas montañas no pasan en altura con respecto á la tierra de las asperezas que se ven sobre la cáscara de una naranja, el hombre es tan poca cosa que no puede doblar todas estas cumbres. ¿Cómo una tan débil criatura que para vivir tiene necesidad de respirar diez veces en el corto espacio de un minuto, sería capaz de pasar sin tomar aliento, profundidades de mas de dos leguas?

El aire que nos rodea nos oprime con un peso igual al que tendríamos que soportar, si estuviésemos en el fondo de un lago, cuya superficie se elevase diez varas sobre nuestras cabezas. A medida que subimos una montaña, ó mejor aun, á medida que subimos en un globo, esta presión necesaria para mantener en su lugar la sangre que circula en nuestras venas disminuye de intensidad; el aire enrarecido nos obliga á respirar precipitadamente, sentimos en el esterior una penosa hinchazón, bien pronto se desvanece nuestra vista y nos acomete un vértigo. A la altura de siete mil varas, la mas grande á que el hombre puede llegar, un frío muy vivo hiela los miembros, el aire demasiado rarefificado no deja oír la voz, se queda uno sordo, después la sangre, á quien una presión suficiente no comprime, salta al esterior por los poros de la piel, se paraliza el corazón, es preciso bajar.... un momento aun, algunas varas mas, y ya sería tarde....

Cuando queremos sumirnos debajo del agua del mar, el peligro es todavía mas rápido. A veinte varas de profundidad nuestros órganos están ya comprimidos por un peso tres veces mas considerable que el de nuestra atmósfera. Pasado este término es peligroso someterse á una nueva presión. A cuatro atmósferas nuestra sangre demasiado comprimida en nuestros miembros, se retira hácia los órganos interiores, la piel se vuelve lívida, el corazón entumecido no palpita, sino con pena, y ese entumecimiento, precursor de la muerte, nos advierte que sería peligroso prolongar este estado algunos momentos mas. Además en el fondo del agua no se puede pasar sino con mucho trabajo un minuto sin tomar respiración; solo en Ceilan, donde los pescadores de perlas se ejercitan desde la niñez, es posible á algunos de los mas robustos permanecer debajo del agua tres minutos. Con la campana de los buzos se lleva, es verdad, una pequeña provision de aire que por medio de un mecanismo ingenioso se puede renovar aun de tiempo en tiempo; pero aunque notable este aparato, por medio del cual un hombre puede permanecer sin peligro dos ó tres horas en el fondo del agua, no impide la presión, y el aire se comprime allí mas y mas á medida que se baja. Se puede con esta campana reparar los diques de los puertos, trabajar sin inconveniente á la profundidad de ciento veinte pies; pero sería imposible bajar mas adelante. No tenemos pues ningun medio de penetrar en las últimas

profundidades del Océano, pero la astronomía nos ha permitido calcular los límites, y la sonda nos trae sus productos.

El geómetra La Place, el autor de la *Mecánica celeste*, ha demostrado rigurosamente que las mas grandes profundidades de los valles submarinos no pisan de ocho mil varas. La sonda llega muy frecuentemente en plena mar á grandes profundidades, pero siempre menores que esta. Si el Océano llegase á secarse se verían en su lecho vasta regiones, grandes valles, inmensos abismos; tanto mas bajos de la superficie general de los continentes, cuanto las principales cumbres de los Alpes, por ejemplo, se encuentran colocadas sobre el nivel del mar.

El mar es con respecto al globo una piel sin espesor.... es como el rocío que la noche deposita sobre una flor. Sin embargo, para nosotros que somos tan pequeños es alguna cosa una masa de agua capaz de tragarse la mas alta montaña de las cordilleras, y de no dejar descubierto sino justamente lo que es preciso para formar un escollo para amarrar una barca. Es aun un mundo inmenso, curiosísimo que hay que explorar; un mundo lleno de misterios, de magníficas vistas, de que la sonda del marino no nos dará sin duda en largo tiempo la geografía completa. Tan desigual como la superficie de los continentes, el fondo del mar presenta grandes cadenas de montañas, de que las islas son las verdaderas cumbres. Este mundo como el nuestro tiene ricos valles, llanos fértiles, desiertos incultos, pero con bosques, con animales, y un cielo aparte. Se ven en él cráteres inmensos, hogueras siempre ardiendo de donde se escapan lavas hirviendo y rocas inflamadas que llegan hasta la superficie á levantar las masas líquidas. Las Antillas, las Maldivas, y otras muchas islas aun, de origen volcánico, están enteramente formadas de estos depósitos. Frecuentemente lejos de las tierras los viajeros encuentran columnas enormes de agua dulce y ardiente que se escapan con gran ruido, como los geisers de Islandia, después de haber atravesado sin mezcla espesas capas de agua salada. Uno de estos chorros de agua se levanta en medio del golfo de Spezia. En la bahía de Xagua, á dos ó tres millas de la tierra, hay manantiales de agua dulce que saltan con tanta fuerza que no puede aproximarse á ellos un barco. En fin, sometido á las mismas revoluciones que la superficie de la tierra, el fondo del Océano tiembla muchas veces tambien, y levanta islas nuevas, ó bien se traga las antiguas, y la naturaleza en convulsion podría ofrecer á las miradas, cataclismos tan terribles, como los que frecuentemente vienen á devastar alguna parte de los continentes. ¿Cuántas y cuán interesantes cosas nosotros descubriríamos sobre el fondo del mar si pudiéramos viajar por él libremente?.... Veríamos, como la sonda puede enseñarnos, inmensos desiertos de arena sobre los cuales vienen á depositar los naufragos restos ignorados de generaciones muertas, los mas curiosos testimonios de la industria humana. Podríamos seguir estrechos valles, arterias de aquel gran mundo conduciendo los ríos, las corrientes rápidas que del polo al ecuador mezclan sus aguas para equilibrar la temperatura. Después grandes líneas de desnudas rocas, mostrando al vivo sus puntas de jaspe y granito, y micas plateadas, sus cristalizaciones metálicas cuyas mil fases reflejan los colores del arco iris, y forman en muchos puntos como encantadas grutas.



Pasaríamos sobre llanuras de nácar, de coral encarnado, de infinidad de conchas, cubiertas de arbustos de formas extraordinarias cuyos ramages petrificados no tienen hojas. Nos sería necesario atravesar praderas de altos helechos, y de inmensos bosques de algas marinas, que van á respirar el aire á la superficie, aunque tengan sus raíces á ciento sesenta varas de profundidad.

Tendríamos sobre nuestras cabezas un cielo líquido cien veces mas azul que el nuestro, cruzado en todas direcciones por animales fantásticos, ballenas enormes nadando en él con tanta ligereza, como las águilas que se ciernen en los aires, y descansando como estas últimas sobre las rocas puntiagudas de las mas altas montañas. ¿Quién sabe el espectáculo que nos presentaría la naturaleza bajo una presión de ochocientas atmósferas, cuando un globo de hierro tan grueso como la cabeza, y del espesor de tres dedos se quebrase como una bola de espuma de jabon, y los esfuerzos tan poderosos de la pólvora no pudiesen hacer salir una bomba de un mortero? Tal vez, bajo un tan enorme peso penetra el agua en los poros de la piedra y del mármol, y los hace transparentes como el cristal, tal vez podríamos ver entonces como se obra la cristalización de las sustancias minerales, y de las diversas combinaciones de sus elementos. Pero la naturaleza no deja penetrar sino á su pesar los grandes misterios que todos los días verifica alrededor nuestro, como para invitar al hombre á vencer por la actividad creciente de su razon, la debilidad de sus órganos.

El mar, tiene como los continentes, magníficas praderas y vastos bosques. Las laderas de las montañas y las bajadas de sus valles, alimentan una gran variedad de plantas, cada una de las cuales gusta de un clima particular. Allí las especies se eligen igualmente una zona, una latitud, una esposicion, una naturaleza, y terrenos particulares, pero esto en condicion inversa á lo que se presenta en la superficie del globo. A medida que se sube una montaña se ve la vegetacion ser raquitica, rara, y desaparecer en fin enteramente, para ceder su lugar á eternas nieves. Contrario fenómeno se nota en medio de las aguas del mar, cuanto mas se aproxima á los valles profundos, menos numerosas son las plantas, y la sonda jamas ha traído restos de ellas á la distancia de tres mil varas, pudiéndose razonablemente afirmar que como las cumbres de las montañas, los mas profundos abismos submarinos están privados de vegetacion.

A la manera que los vegetales terrestres no pueden penetrar bajo las nieves eternas, las plantas marinas no alcanzan á las cavidades demasiado profundas.

Las unas aman los sitios tranquilos donde no llega nunca la corriente; estienden sus largas ramas en el seno de una agua tranquila que no agita ningun soplo exterior que pueda turbar su inmovilidad. Otras al contrario se agarran con fuerza á las rocas que la mar combate con violencia y parece no poder vivir sino en medio de las tormentas. Algunas se establecen en las corrientes, cuyas ondulaciones parecen complacerse en seguir. Los juncos, los mangleros, las

сосas, teniendo necesidad del aire y del sol, se separan poco de las playas, y mientras que sus raíces sumergidas siempre, toman su alimento en el fondo del agua, se ven los tallos y las flores formar en la superficie encantadores oasis donde los pájaros de mar construyen sus nidos.

En medio de las transparentes aguas del Océano Pacifico y del Mediterráneo, despliega toda su riqueza la vegetacion submarina. Musgos de una delicadeza infinita adornados de los mas bellos colores, se tienden como un vasto tapiz, cuyos matices se pueden admirar en los momentos de calma á mas de cien pies de profundidad. Se ve sobre la pendiente de las colinas la naserina sedosa, cuyo tallo acanelado parece á las trenzas de seda, pequeñas algas purpúreas que, cuando son muy numerosas, comunican al mar un tinte de sangre. Sargasas que forman en el Océano Atlántico, praderas considerables. Cuando están arrancadas estas plantas tienen la facultad singular de flotar sobre las ondas años enteros, sin marchitarse, y continuando en crecer se encuentran muchas veces trasportadas así á mas de dos mil leguas del sitio donde nacieron. Se encuentra en los mares ecuatoriales la elegante familia de los florideos, de los cuales algunos matizados de rojo y amarillo lanzan á lo lejos pequeñas cápsulas que estallan, abandonando á merced de las olas sus simientes nómades. Una de las plantas mas notables de la flora submarina es sin contradiccion el fucus gigante; rey de la mar como el cedro lo es de nuestras montañas, se lanza á la superficie desde una profundidad de cien varas, sus ramas colosales, ligerisimas, verdaderas islas flotantes sobre las que vienen á tomar el sol las focas y los goélans, forman escollos temidos de los marineros. Bajo el ecuador donde el mar está tranquilo y el viento en calma, una vez metidos en las redes apretadas de estos bosques á flor de agua, los buques no tienen mas remedio que ponerse al paio para aguardar algunas veces meses enteros á que una fuerte brisa los desenrede.

Entre las plantas marinas inmediatas á las costas se encuentran muchas que proporcionan un alimento agradable; otras son explotadas por la industria. Las ovas dan el yodo; sustancia muy empleada en la medicina, y de grande utilidad á muchas artes, sobre todo despues de la invencion del daguerreotipo. Lavando la ceniza de ciertas algas espinosas esparcidas en todas las costas de Europa se obtiene la sosa, que forma la base de los jabones, y cuyos multiplicados usos conocen muy bien nuestros lectores. En fin, la mayor parte de los restos vegetales arrojados por la mar durante las tempestades, abonan las tierras sobre las cuales vienen á estenderse, y son para los habitantes de las costas un manantial de riqueza y de bienestar. La vegetacion submarina no ha revelado aun todas sus maravillas. Las investigaciones perseverantes de los que se entregan á este curioso estudio traerán sin duda grandes descubrimientos, porque es un campo que la ciencia comienza ahora á explorar.

Damos la vista en el grabado de este artículo, de algunas de las infinitas conchas y plantas que se hallan en el fondo y en las playas del mar.



## ESPOSICION GENERAL DE LA INDUSTRIA FRANCESA.

### PALACIO DE LAS BELLAS ARTES.

Sitio en que se ha construido el palacio de Bellas Artes.—Su descripción.—Número de cuadros que ha presentado cada nacion.—Espacio que ocupan.

Habia en otro tiempo en los Campos Elíseos una avenida que conducía a la plaza de Belly, y que se llamaba el paseo de las Viudas. ¿Por qué recibió este nombre? Sino hubiese precedido al establecimiento del famoso jardín *Mabille*, podría creerse que este nombre misterioso provenía de las Ariadnas de este eden a tres pesetas por entrada, que después de las conquistas nocturnas debidas a los walses y a las polkas, no encontraban a la mañana siguiente al infiel, sobre el cual habian tenido buen cuidado de tomar algo a buena cuenta, viudas poco inconsolables, y siempre consoladas!....

Difícilmente se trataría de encontrar un origen mas serio al nombre de este paseo sin historia. No ofrece al historiador sino una sola particularidad. Tallien murió en 1820, en el número 31 de una casita del mas sombrío aspecto. Tallien, sepultado en el olvido, habia tenido que vender su biblioteca para comer; y sin embargo, ¡qué papel no representó ese hombre que empezó por ser escribiente de un procurador, mas tarde presista en la imprenta del Monitor, después redactor del *Amigo de los Ciudadanos*, sucesivamente uno de los actores del 10 de agosto, secretario del ayuntamiento de París, diputado en la Convencion cuando la condenacion de Luis XVI, denunciador de Robespierre, miembro de la junta de Salud pública el 9 Termidor, individuo del consejo de los Quinientos, miembro del Instituto de Egipto.... y últimamente simple cónsul de Francia en Alicante, para volver a entrar bajo la restauracion en una oscuridad que debia terminar por la miseria!...

El paseo de las Viudas no existe, y hay en su lugar la avenida de la *Montaña*, ancha y hermosa calle, de poca utilidad como direccion, pero que será de aquí a algunos años habitada elegantemente, vista la gran voga de que gozan los Campos Elíseos, donde ya se han edificado algunas casas suntuosas, formando calle detrás de la fila de árboles, iguales a los que habia en los boulevards, y que la revolucion derribó para hacer barricadas. Allí, detrás de su pared histórica de ladrillos encarnados, y al abrigo de su pesada puerta de encina, cubierta de hermosos dibujos de hierro, está el famoso *Hotel* gótico que el príncipe Soltikof ha hecho muchas veces principiarse, y que aun no ha terminado una. En este momento hay muchos almacenes de vinos, tabernas, fondas sin pretensiones, pero no sin público. Al final de esta avenida bebedora, bullanguera, polquista, que mucho trabajo ha de costar el aristocratizar, ha hecho levantar el gobierno imperial por Mr. Lefuel, el nuevo arquitecto del Louvre, el gran edificio de tablas y de yeso, destinado a recibir esta esposicion de las bellas artes que era imposible alojar en el palacio de la industria, demasiado estrecho ya para la industria misma.

Cuando se vió que el palacio de la industria no bastaba para contener la esposicion de las bellas artes, la compañía anónima fué invitada a levantar un anejo especial, cuyos derechos de entrada cubriesen los gastos y aun diesen utilidad. Tratóse de levantar este edificio provisional como el destinado a las máquinas, que se estiende hoy sobre el muelle de la Conferencia en las fachadas *Este* y *Oeste* del palacio, viniendo a parar por un lado a las cercanías de la plaza de la Concordia; por otro a la avenida de Antin. Pero este proyecto necesitaba el derribo de un gran número de esos grandes árboles seculares, tan queridos del parisiense, tan gratos a los inválidos, y a las niñas y sus chiquillos sobre todo, y así a estos ciudadanillos que apenas cabian ya en el jardín de Tullerías, para sus juegos y sus ruedas el domingo, se les ha dejado este paseo.

En el vago terreno situado al fin de la avenida de la *Montaña*, delante de la calle de Juan Goujon se ha elegido el sitio para recibir la esposicion de las bellas artes. Este terreno de la anchura de ochenta metros, penetrando por una profundidad de mas de doscientos, llega hasta la calle Marbeuf. De este lado se encontraba el espacio necesario para los apéndices. El edificio que se ha levantado como tenía un destino efímero, bastaba que fuese de tablas y de ladrillo con adornos de yeso. No era preciso mas que tres meses para su construccion, y correspondia ademas completamente al objeto de ofrecer el mayor número de superficie posible, iluminada con la mayor luz posible tambien.

Mr. Lefuel ha dado dos entradas a su edificio, una a la avenida de la montaña, otra a la calle de Marbeuf. La fachada a la avenida de la Montaña es la principal; está formada de un hemiciclo de cerca de cincuenta metros de abertura en cuadrado en dos alas rectangulares, permitiendo así facilmente que los coches puedan adelantarse, dar vuelta, y dejar las gentes al pie de una escalera de siete escalones, que conduce a siete puertas, las que dividen el hemiciclo en siete arcos. Un friso corona la puerta con una inscripcion en letras de oro: ESPOSICION UNIVERSAL DE LAS BELLAS ARTES. Algunos adornos de yeso decoran los timpanos y las cornisas. Esta fachada es mas que suficiente para un edificio provisional. Las dos alas del hemiciclo tienen dos pisos. Un entablamento y un acrotero coronan estas dos alas del edificio. Sobre la calle de Marbeuf, segunda entrada pública del edificio, se presentan solamente tres arcos. Una guardia está instalada en el ala izquierda, en la de la derecha están los conserjes de la *necrópolis*, donde yacen vueltos hacia la pared los cuadros que el Jurado de admision no ha juzgado dignos de figurar en la esposicion, y que sus autores incomodados no han reclamado en el término prefijado. Volvamos a la fachada principal.

Se suben los siete escalones, se pasa una de las siete puertas, y se coloca uno en un torniquete de hierro guarnecido de terciopelo rojo, imitacion del *Cristal-Palace* de Londres, y cuyo mecanismo marca el número de los que entran. Estamos ya en un gran vestibulo, en cuyas dos estremidades hay dos escaleras que conducen a las galerías



superiores consagradas á los dibujos, acuarelas, miniaturas, esmaltes, grabados, litografías, estampas, obras gráficas, y otras cosas de pequeña dimension. Este vestibulo está adornado con treinta cuadros de Dinamarca; cuarenta y cuatro de la Suecia y la Noruega; uno de Toscana; tres que han venido de Turquía; cinco del Perú; veinte y dos de Portugal y once procedentes de los Estados Pontificios. Estas diversas obras, preciso es decirlo, son las que menos mira la masa general de los espectadores, porque parecen mas bien decorar el vestibulo, que estar allí espuestas, como son las contenidas en las salas donde uno se apresura en seguida á entrar.

El sistema que sigue está dominado por tres grandes salas que encuadran longitudinalmente una doble fila, y latitudinalmente una sola fila de galerías. Las galerías de escultura, los salones chinos, y los almacenes terminan á derecha é izquierda el edificio.

La primera travesía latitudinal ofrece, comenzando por la izquierda, diez y seis cuadros traídos de las ciudades anseáticas, despues adelantando hacia la izquierda noventa y siete cuadros suizos, despues diez cuadros de Baden, en seguida treinta y seis americanos, y luego una nueva serie de trece cuadros romanos. A la derecha de esta primera travesía se halla un buffet ó ambigü, rica y abundantemente surtido de apetitosos fiambres, helados y vinos. En medio de esta travesía está la entrada del primer salon, enteramente consagrado á la Prusia, y que contiene doscientos cuarenta y cinco cuadros. El inmenso grupo ecuestre colosal de Augusto Kiss, representando á San Jorge, ocupa el centro de este hermoso salon donde brillan los maestros de mas reputacion, y los discípulos mas brillantes de las célebres escuelas de Berlin, y de Dusseldorf, con Pedro Cornelius y Kaulbach á la cabeza. Esta sala está limitada á la derecha por una galería que contiene ciento siete cuadros austriacos, once cuadros de Wurtemberg, y sesenta y cinco cuadros bavaros. Un divan de terciopelo carmesí ocupa el centro de esta galería que no tiene mas que la longitud del salon Prusiano.

Al lado, y medianera con ella, comienza la galería inglesa que se estiende en una doble longitud. Contiene doscientos veinte cuadros, y algunas acuarelas ó pasteles sobre cristal. Dos puertas se abren en esta galería, y dan á las dos salas de escultura inglesa, de ochenta grupos, y á la austriaca de noventa y un grupos.

Si tomamos la galería latitudinal que se prolonga por el tercer costado del gran salon prusiano, nos hallamos un poco en Sajonia y mucho en España. Sajonia tiene cien cuadros, la España sesenta y nueve. Transportados así sobre la izquierda del monumento, entramos en los Países Bajos, en donde vemos noventa y seis cuadros; despues de los cuales nos encontramos en la doble galería tan brillantemente ocupada por la Bélgica con doscientos seis cuadros. En medio hay un largo divan como para indicar al público que aquel es un punto en donde uno debe detenerse. Treinta y seis cuadros sardos hay colocados en el salon chineco. Este conjunto que comprende un poco mas de la tercera parte del espacio que ofrece la esposicion de las Bellas Artes, deja todo el resto á las obras de la escuela francesa, es decir, que se pasa por medio de todas las naciones artísticas para llegar á ella.

Los franceses se han reservado dos salones, el uno in-

menso, y cinco galerías para las pinturas, y ademas una grande sala oblonga para la escultura y los bronceos. La Francia posee las dos terceras partes de las galerías bajas, y el resto pertenece á la Inglaterra. Los franceses tienen mil ochocientos treinta y dos cuadros, la escultura trescientos cincuenta y cuatro grupos de todas dimensiones. En la suya, Mr. Ingres ha espuesto cuarenta cuadros al óleo, y Horacio Vernet veinte, entre los que se encuentran los mas colosales del museo, la toma de la Smala, y la batalla de Isly.

En una estremidad del palacio se hallan espuestos los tapices de las manufacturas de Beauvais y el museo de Sevres.

No entramos aqui en ninguna mencion, ni aun sumaria, de las obras principales que dan á esta esposicion un carácter tan precioso de importancia y de grandeza. Cada cosa vendrá en su lugar, y esperamos dar conocimiento de las que merezcan mas la atencion pública á nuestros lectores. Continuaremos hoy estos preliminares, esponiéndoles todas las disposiciones generales del personal, y las particularidades relativas á la organizacion de esta solemne reunion de obras maestras, y de distinguidas obras, producto de las fuerzas del arte de todos los países en el siglo XIX.

El decreto que reglamentaba la Exposicion de Bellas Artes, decia que los artistas podrian presentar obras espuestas ya anteriormente, pero que no podrian ser admitidas las copias. La Exposicion ha sido abierta á todos los artistas vivos hasta el 22 de junio de 1853, fecha del decreto constitutivo de la misma.

Vamos ahora á dar una idea del espacio perpendicular ó de pared que ocupa cada nacion para colgar sus cuadros.

La Inglaterra ochocientos metros, la Bélgica setecientos cincuenta y dos, la Prusia setecientos cincuenta, la Holanda trescientos diez, la España trescientos, la Suiza trescientos, el Austria doscientos diez, la Suecia y la Noruega ciento treinta, el Gran ducado de Hesse cincuenta y dos, el Wurtemberg veinte y tres, el Hannover... uno solo, y aun este pequeño espacio no se ha llenado.

Un terrible pensamiento se ocurre al aspecto de semejante reunion de obras, de las que muchas son maestras, un incendio! Ninguna compañía de seguros seria bastante para reembolsar semejante siniestro, y ademas el dinero no podria consolar una época, una civilizacion, de la pérdida de estos cuadros, llenos de las mágicas espresiones del arte por manos que no se repiten jamas. Así es que se han tomado precauciones que pueden decirse las mas formidables, ya para prevenir el peligro, ya para limitarlo si terriblemente llegase á suceder. Un depósito constantemente lleno de agua, de cuatro metros cúbicos, se halla colocado á las inmediaciones de la sala de los escultores. Bomberos circulan dia y noche, con el ojo y oído atento, por estas salas; y por las mas mínimas dependencias. Ademas, los tubos engastados en las murallas traen grandes caudales de agua dispuestos á saltar en cuarenta y ocho caños diseminados por todas partes. Se resguardarian los cuadros del fuego, pero se los anegaría.

He aqui las proporciones del edificio. El edificio general es un paralelógramo de ciento treinta y seis metros sobre treinta y dos. Los tres grandes salones, de los cuales uno de ellos es francés y otro prusiano, son



cuadriláteros y casi regulares; el mas grande situado justamente en el centro del edificio es oblongo, y tiene de medida cuarenta y dos metros sobre veinte y cinco. En el centro se ha colocado una cesta llena de flores, en medio de las cuales se ven blancas estatuas. Un divan circular la rodea. Las otras dos salas tienen veinte y cinco metros sobre veinte y uno. Las galerías que se estienden alrededor de estos salones tienen una anchura media de diez á once metros, muy suficiente para obtener la distancia óptica necesaria para mirar los cuadros. Se han pintado las paredes de un color verde oliva, generalmente creído el mas favorable para los cuadros. No hay ningun adorno interior que pueda hacer concurrencia con las obras espuestas. Las puertas ó mas bien las aberturas, están guarnecidas de altos cortineros de tapicerías viejas de Beauvais y de Gobelins, y cuyos colores están armoniosamente debilitados por el tiempo.

La sala de escultura tiene ochenta metros de largo, espacio que ha parecido suficiente para aislar el mayor número de objetos, y que permite poder pasear entre ellos. Sobre las paredes pintadas del mismo color verde oliva se han puesto algunos cartones de Mr. Chenavard. Al final de esta sala se ha organizado un ambigü, igual al que hay á la entrada, donde comen y refrescan los que visitan la esposicion.

El palacio de la industria es apropiado á su objeto, se ha construido facilmente, y puede uno encontrarse allí con mucha facilidad. La multiplicacion de vallas hace que á cada instante se encuentre la perspectiva de puntos imprevisos; la luz se halla abundantemente distribuida, y ningun artista puede quejarse de que le falte á sus cuadros. Hablemos del aire. Se han tomado precauciones para renovarle. Un largo camino subterráneo que desemboca debajo de los divanes circulares de los grandes salones, trae un

aire tomado en cuevas frescas á que corresponden las ventanas que hay abiertas en el techo.

Se habia pensado que la cifra total de las obras espuestas seria mas considerable de lo que ha sido; la palabra *universal* habia dado un gran aumento á la imaginacion. Sobre los cinco mil veinte y ocho cuadros la Francia cuenta casi la mitad. El resto se divide desigualmente entre la Inglaterra, que ha tenido una parte leonina en la esposicion, setecientos setenta y cinco objetos, á saber: ciento treinta y un cuadros, ciento treinta y cinco dibujos á la acuarela, ciento veinte y cinco dibujos de arquitectura, ochenta estatuas y bustos, y el resto grabados y litografías!...

Los alemanes y los belgas vienen despues. Los holandeses y los españoles están en un medio. Las gentes del Norte están poco representadas, rivalizan en número igual. La Italia, ¡ay! no tiene mas que un minimum en cantidad y calidad.

La Rusia que tiene tambien muy buenos pintores, se halla ausente.

Lo repetimos, es una fortuna sin igual para la generacion presente, la grandiosa esposicion de las Bellas Artes. Grandes artistas han trasportado resueltamente allí la obra de toda su vida. Entre los franceses Ingres, Delacroix, Decamps, Horacio Vernet, están en ese caso. Seria preciso recorrer toda la Europa, abrir todos los gabinetes, investigar todos los monumentos, todos los museos, para encontrar estos lienzos célebres que se han disputado todos los paises. Pues bien, todos están bajo una llave, en un mismo sitio, por cuatro meses, en medio del mas grande esfuerzo, de un concurso inmenso de artistas, la mayor parte excelentes, venidos de todos los puntos del globo. Aunque París no ofreciese á los que vienen á visitarle mas que este solo espectáculo, París habria dado á la Europa y al mundo la mas brillante hospitalidad.

## EL CUADRO DEL FRAILE.

Pocos hombres han alcanzado mas aplausos, gloria y caudal que el pintor flamenco Pedro Pablo Rubens, artista célebre ya á la edad en que otros no son todavía mas que unos verdaderos niños. Solicitado con ánsia por los mas grandes príncipes, que cubrian de oro sus obras maestras y se disputaban el honor de fijarle en su corte, vió luego tributar á la nobleza de su carácter, á sus altos conocimientos, los mas lisongeros testimonios. El duque de Buckingham, habiendo hecho saber á Rubens todo el dolor que le causaba la desavenencia ocurrida entre las cortes de Inglaterra y España, le encargó que comunicase los designios de su negociacion, y ganó tanto terreno en la privanza de la infanta, que esta le envió cerca del rey de España, Felipe IV, con comision de proponer medios de paz y de recibir las instrucciones del monarca. Felipe IV, admirado del mérito de Rubens, le hizo caballero, y secretario de su consejo privado. Volvió Rubens á Bruselas á dar cuenta á la infanta doña Isabel de los resultados de su mision; luego pasó á Inglaterra con las instrucciones del rey católico, y ajustó la paz á gusto de las dos potencias.

El rey Carlos I colmó de honores á Pedro Pablo Rubens, le confirió sus órdenes, y desenvainó en pleno parlamento la espada que llevaba ceñida, para dársela al ilustre negociador. Volvió, en fin, á España, donde le dió el rey la llave de gentil-hombre de cámara, y le nombró secretario del consejo de Estado en los Países Bajos. Un año antes se habia casado con Elena Forment, doncella de rara hermosura, de alta cuna, y que á los doce meses de matrimonio le habia dado un hijo.

Justamente engreído con tanta felicidad y con una posicion que solo debia á su propio mérito, Rubens se habia rodeado de fausto, y nunca iba sin una brillante comitiva, numerosa y digna de un príncipe. Sus discípulos, que se habian acostumbrado á tributarle una especie de culto, le acompañaban siempre y le formaban un noble séquito. De esta suerte iba Rubens, durante sus viages, de claustro en claustro y de iglesia en iglesia, visitando las obras maestras que contenian aquellos edificios, porque en la época de que hablamos, las artes, inspiradas por la religion, recibian del clero poderosos estímulos. Mas de un artista, que hubiera



muerto pobre y desconocido, debió su gloria y su bienestar á la generosa ayuda que le ofreció el clero del siglo XVII, y como decía el mismo Rubens, la protección de un fraile valía para un pintor tanto como la de un rey.

Un día, Rubens, recorriendo las cercanías de Madrid, entró en un convento de regla muy austera, y reparó, no sin sorpresa, en el pobre y humilde coro del monasterio, un cuadro que revelaba el talento mas sublime. Aquella pintura representaba la muerte de un fraile. Rubens llamó á sus discípulos, les enseñó el cuadro y todos participaron de su admiración.

—¿Y quién puede ser el autor de esa obra? preguntó Van-Dyck, el discípulo favorito de Rubens.

—Había un nombre escrito al pie del cuadro, pero le han borrado, respondió Van-Tulden.

Envío Rubens un recado al prior para suplicarle que bajase á hablarle, y habiéndolo este hecho así, preguntó el gran pintor al anciano fraile el nombre del artista á quien debía su admiración.

Cruzó el prior los brazos, sonrió tristemente y respondió:

—El pintor no pertenece ya á este mundo.

—¿Ha muerto? exclamó Rubens, ¿ha muerto? Y nadie le ha conocido hasta ahora, nadie ha repetido con admiración su nombre, que debería ser inmortal, su nombre, ante el cual se eclipsaría acaso el mío, y sin embargo, añadió el artista con noble orgullo, sin embargo, padre mío, yo soy Pedro Pablo Rubens!

Al oír este nombre, animóse con una espresión singular el pálido rostro del prior. Sus ojos centellearon, y fijó en Rubens una mirada en que se revelaba algo mas que una vana curiosidad; pero aquella exaltación no duró mas que un momento. Bajó el fraile los ojos, cruzó sobre el pecho sus brazos que había levantado al cielo en un momento de entusiasmo, y repitió:

El artista no pertenece ya á este mundo.

—Su nombre, padre mío, decidme su nombre para que yo pueda anunciarlo al universo y darle la gloria que merece! Y Rubens, Van-Dyck, Diesembeck, Jacobo Jordanos, Justo Van-Nuel, Van-Tulden, sus discípulos, casi iba á decir sus rivales, rodeaban al prior y le suplicaban con empeño que les nombrase el autor de aquel cuadro.

El fraile temblaba: un sudor frío caía de su frente sobre sus mejillas enjutas, y sus labios se contraían convulsamente, como prontos á revelar un misterio, cuyo secreto poseía.

—¿Su nombre! ¿su nombre! repitió Rubens.

Hizo el fraile con la mano un solemne ademán.

—Escuchadme, dijo, me habeis comprendido mal. Os he dicho que el autor de ese cuadro no pertenece ya á este

mundo, pero no he querido decir por eso que haya muerto. —¿Vive, vive! ¡oh! ¡Hacédnoslo conocer! ¡Decidnos quien es!

—Ya ha renunciado á las cosas de la tierra; está en un claustro, es fraile.

—¿Fraile, padre mío! ¡fraile! ¡Oh! Decidme en qué convento, porque es preciso que salga de él. Cuando Dios imprime en la frente del hombre el sello del genio, ese hombre no tiene derecho para sepultarse en la soledad. Dios le ha dado una misión sublime, y es preciso que la cumpla. Nombradme el claustro donde se oculta, y yo iré á sacarle de él y á mostrarle la gloria que le espera. Si me repele, haré que nuestro Santo Padre el papa le mande volver al mundo y tomar de nuevos los pinceles. El papa me estima, padre mío, el papa escuchará mi voz.

—No os diré, ni su nombre, ni el claustro donde se ha refugiado, replicó el fraile con tono resuelto.

—El papa os mandará que lo hagais, exclamó Rubens exasperado.

—Escuchadme, dijo el fraile; escuchadme en nombre del cielo ¿Pensais que ese hombre antes de abandonar el mundo, antes de renunciar á las riquezas y á la gloria, no ha luchado rícidamente contra semejante resolución? ¿Creeis que no ha necesitado amargos desengaños, crueles dolores para reconocer en fin, golpeándose el pecho, que todo en este mundo no es mas que vanidad? Dejadle, dejadle, pues, morir en el asilo que ha hallado contra el mundo y sus desesperaciones. Por lo demas, de nada servirían vuestros esfuerzos; saldria victorioso de esa tentación, añadió haciendo la señal de la cruz, porque Dios no le retirará su ayuda. Dios, que en su misericordia se ha dignado llamarle á sí, no le arrojará de su presencia.

—Pero, padre mío, considerad que renuncia á la inmortalidad.

—La inmortalidad no es nada en presencia de la eternidad!

Y el fraile se bajó la capucha sobre la frente y mudó de conversacion, de modo que no pudo Rubens insistir mas. Salió del claustro el célebre flamenco con su brillante séquito de discípulos, y todos volvieron á Madrid pensativos y silenciosos.

El prior, de vuelta en su celda, se hincó de rodillas sobre la estera que le servía de cama, y dirigió á Dios una ferviente oración; luego cogió un manojo de pinceles, una caja de colores y un caballete que estaban en un rincón de la celda, y los tiró al río que pasaba por debajo de sus ventanas; largo rato contempló con melancolía el agua que se llevaba á aquellos objetos!....

Luego que hubieron desaparecido, volvió á hacer oración arrodillado sobre su estera y delante de su crucifijo de madera.

## ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

### LAS FLORERAS DE FLORENCIA.

Paradoja parecerá el decir, que semejantes al hombre, que con la edad se vuelve niño, las grandes ciudades á

fuerza de tiempo, vuelven tambien á tomar su fisonomía primitiva.

Como Roma, como Nápoles, como todas sus hermanas de Italia, Florencia ha sufrido la ley de esta singular trasformación. Su sol de gloria se ha apagado; todos sus artis-



tas duermen en el sepulcro, no tiene para adornarse hoy, mas que las flores de que ha tomado su nombre hace tres mil años:

Al fine gli abitanti per memoria  
Poich' era posta in un prato di fiori  
Le denno nome bello, onde s' ingloria.

«Los habitantes, en fin, para recordar que estala situa-

floreillas que hace siglos esmaltan con sus blancas corolas las verdes márgenes del Arno! Verdaderamente que es cosa de contemplar humillando la cabeza en la nada de las grandezas humanas!.....

Y sin embargo, aun hay que envidiar su decadencia á la antigua ciudad de Médicis. Se baña descuidada y perezosa en lo azul de su cielo: cubre su decrepitud con flores, se embriaga con sus perfumes. ¡Qué mejor,



Piazza de la Trinidad en Florencia.

da en medio de una pradera esmaltada de flores, la dieron el gracioso nombre que lleva con orgullo.»

Así va el mundo. De Dante, de Miguel-Angel, de Boccaccio, de Maquiavelo, de todos aquellos colosos de la inteligencia, no queda mas que un poco de polvo, que apenas podría llenar el hueco de la mano de un niño!..... Pero al volver todos los años la primavera, vuelven á florecer las

para olvidar lo pasado y dormirse en el último sueño!.....

Estos esplendores florales, en honor de los que no hay poeta que no haya pulsado un poco su lira, nos atrevemos á decir, que no serian nada sin las floreras. *Fiore*.

Las *Fiore* son la gloria de estos balsámicos tesoros. Ellas tejen todos los días la florida guirnalda, con que la rubia reina de Toscana adorna su cabeza. Ellas eligen las